Aula once

Arturo Rueda Erazo

Aula once

Arturo Rueda Erazo

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2025
© Arturo Rueda Erazo, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-64-2
THEMA: FF - FFJ

A Raquel mi solidaria y querida compañera

1

Un reloj de mesa en la habitación principal de la casa donde esta historia empieza a suceder, indica las 11:11 p.m. y en letras más pequeñas, 29 de febrero de 2016. En el largo corredor que conduce a las habitaciones, una vidriera con el postigo abierto permite que el viento alce en ondulaciones fantasmales las cortinas que la cubren. Un personaje integrante de una obra literaria, parado ahí como si él también fuera una aparición, imagina un séquito de presencias, en el mismo sitio y en la medida en que las sombras van y vienen. En el instante en que la luz selenita aparece plena en la distancia, en la conciencia de este hombre esquivo, maniobra un espumoso y burbujeante recuerdo de lo vivido esa misma tarde y mucho de lo allí ocurrido. También lo roe el destello intermitente de lo que, por consecuencia de lo anterior, habrá de sucederle.

En una noche como esta, las nubes en su inverosímil levitar, pasean colgadas a su trascendencia, abundantes y pesadas precipitaciones, y unos cuantos fenómenos eléctricos en trance de ser dejados caer; mientras son aventadas por las corrientes de aire, señalan el camino a otras que entre blancos y grises nocturnales aparecerán a su vez, cargadas de presagios…

En clase

Con el anterior fragmento de un relato con pretensiones de ser una novela, empezaron las prácticas de literatura en el grado 11 de bachillerato, de la Institución Educativa «Historia de Granada la Nueva».

El día de inicio de clases, el nuevo y pintoresco profesor ataviado con ropas increíbles para un docente de aula moderna: lucía un chiripá colorado sobre calzones de paño tejido en guanga; botas de potro cosidas en punta con espuelas de plata. Completaban el vestuario: camisa blanca de mangas fruncidas y bordados en el pecho; mulera en cuadro de tela fresca con orificio en la mitad terciada al hombro, y sobre la cabeza, lucía un sombrero café hecho de palma iraca sandoneña, de labor admirable y exquisita.

El personaje vestido de esta manera, sin haberse presentado a los alumnos, habló en un lenguaje muy fluido, sobre una nueva y provechosa manera de enseñar en las aulas de las instituciones educativas. Él, no se pararía en frente nuestro a hacer garabatos con una tiza en el tablero o a atiborrarnos con sus conocimientos literarios. Su propuesta de estudio para el año lectivo con inicio en ese mismo día tendrá que ver con la creatividad; y para ello nos involucra a todos, a cada uno de los presentes. ¡Escribiremos una gran historia! Y con voz cascada y entusiasta, agregó: «Si logro vuestro concurso, el alcance de mi propuesta, será avalada, tanto por el trabajo en minga, como por la historia misma. Cada personaje involucrado en la historia que narraremos será una revelación; una tarea en la que tendremos que involucrarnos todos.

La propuesta demanda de vosotros, un serio y sostenido esfuerzo a lo largo de todo el año lectivo».

Al final de la plática, que no duró más de cinco minutos, fue enfático en recalcar la necesaria y decidida participación del conjunto de estudiantes que recibiremos grado de bachilleres ese mismo año. Nos necesita. ¡A todos! ¡Con manos y cerebro! Al terminar la tarea con el brillo que él espera, podremos mostrarnos satisfechos y orgullosos.

También hizo una advertencia: «si alguno de los asistentes no deseaba estar presente y en primera línea para trabajar decididamente en la propuesta, podría dejar el aula en ese mismo instante. Quien así lo decidiera, renunciaría no solo a regresar a la clase de literatura (puesto que perdería el hilo de la trama y de la historia), sino a la nota misma». Él tomaría el asunto como si el estudiante no apareciera en la lista que la secretaría del colegio le había entregado. Advirtió que la decisión de ausentarse se podría tomar en cualquier etapa de la actividad.

Terminado el parrafeo, el flamante nuevo profesor, al que inicialmente llamaremos Gabriel Borges Ospina, de una mochila wayúu que había traído terciada al hombro, obtuvo una memoria USB y la instaló en el computador sobre el escritorio. Cada uno de los discípulos de nuestro salón, desfilamos hasta el teclado para consignar en la pantalla interactiva, el tema que cada uno consideraba debía desarrollarse como historia. Sin que nos lo hubiese insinuado y menos aún, ordenado, salvamos uno por uno la distancia hasta el computador, en el orden que al final del ejercicio resultó ser la disposición alfabética rigurosa de nuestros apellidos; un grupo de encantados no lo hubiera hecho mejor. Debo decir con toda claridad, que, hasta ese momento, nadie

dentro del salón había leído el listado correspondiente al grado 11. La cosa se presentó de una manera especial: mientras la primera en la lista, Francisca Acosta, proponía «los celos» como tema a desarrollar en la historia, los diez restantes, esperamos sentados y expectantes nuestro turno para ir a consignar nuestra propuesta. Parecíamos un grupo de inculpados desfilando por entre los pupitres. La procesión concluyó, con una serie de temas escritos en la pantalla, igual al número de alumnos. No recuerdo tal silencio en el ambiente de la clase; nadie hablaba más de lo necesario; ninguno se movía sin necesidad; todos con la mirada fija en aquel hombre extraño. La osadía que caracteriza el proceder de un grupo de jóvenes dentro de las aulas parecía habernos abandonado.

El profesor de «Literatura Fantástica», Gabriel Borges Ospina, con sus dotes de mago, porque no otra cosa podía ser, dispuso de nosotros a su antojo, mientras estuvo sentado frente en el escritorio. Poco más dijo luego de la monserga inicial; mientras imanados lo mirábamos, señaló que en la siguiente hora que tuviéramos con él, cada uno tendría ocasión de exponer y argumentar el tema que había propuesto. Entonces, tomó de la mesa la mochila, y de salida, la memoria instalada en la unidad de cómputo. Salió sin despedirse y dejó tras de sí el susurro efímero de sus pasos en el piso embaldosado.

Solo había transcurrido un poco más de cuarenta minutos desde que entró al salón de clase impresionándonos con sus maneras y con su forma de vestir.

***

Como podrán haberlo imaginado, minutos antes de que sonara la rústica campana con la orden institucional de dirigirse a los salones de clase, los del 11, ya esperábamos juiciosos y expectantes en nuestros lugares de trabajo. Era el segundo día con el personaje que nos había impresionado con sus inesperadas maneras de proceder.

Igual que la vez anterior, se paró bajo el dintel de la puerta, recorrió con la mirada el interior del aula y caminó con displicencia la corta distancia hasta la tarima. Con su ingenioso aparecer logró imponer el magnetismo que solo a él le pertenece. La segunda sorpresa del día fue verlo aparecer con un nuevo nombre en la escarapela sobre el pecho, donde se podía leer en letras de molde: José Asunción Neruda Arturo; la primera y más sorprendente, fue cuando lo vimos vestido a la usanza de los poetas de mediados del siglo XX: traía una capa negra hasta la rodilla y un sobrero alón; también lucía corbata roja atada en lazo alrededor del cuello y la camisa; zapatos negros limpios y brillantes. Se quitó el sombrero, tiró la capa sobre el espaldar de la silla, giró sobre sus pies al tiempo que un periódico doblado en varias partes florecía como de la nada bajo la axila de su brazo izquierdo. Lo tomó con la mano derecha, se paseó por los corredores entre los pupitres y por cualquier lugar por donde le era dado caminar. Luego de la minuciosa inspección, se dirigió al escritorio, se sentó en la silla, buscó con la mirada a «La Pachita» y le dijo: «Niña, la escucho». Uno a uno fuimos pasando al frente del tablero para defender allí, el tema presentado en la clase anterior. Mientras esto sucedía, el personaje de apariencia peculiar y gesto imperturbable tomaba notas en un cuaderno de los que dejaron de usarse mucho tiempo atrás.

Lucho Gotrio, mi parce, mientras hacía la exposición, fue interrumpido por una estampida del profesor que, periódico en mano, persiguió con rápidos pasos a una mosca negra y a su monótono ruido volador. El insecto urgido, como si presintiera un desenlace fatal, chocó con el vidrío de la ventana, una y otra vez; dejó de hacerlo cuando el profesor con uno de los lances ejecutados con el periódico en la mano dejó una huella jaspeada y mucosa sobre el cristal. Solo entonces, recogió los pasos que con precipitud había dado tras el insecto y le pidió amablemente a Lucho que continuara. A propósito, la huella permaneció por mucho tiempo en la ventana como evidencia clara del insecticidio que se había cometido en frente nuestro.

José Asunción Neruda Arturo o Gabriel Borges Ospina, que para el caso son el mismo, apenas intervino en la construcción de la novela que él mismo propuso elaborar. El horario asignado por el colegio para Literatura en el grado 11, establecía: 2 horas lunes, martes y miércoles, otra el jueves. En la primera semana del experimento, la discusión versó sobre la estructura que la novela debía tener; sopesamos argumentos, trazamos pautas y elaboramos un plan. Solo entonces aparecieron los primeros personajes, sobre todo, los protagonistas.

«Antes de que un operario encuentre la precisa mezcla, la luz de una lámpara de petróleo chisporrotea con apariencia de extinguirse; si se excede en ella, la tela sintética impregnada en sales, segundos antes de la ceniza, se combustionará al límite».

En esa misma medida y como si un experto invisible nos guiase hasta encontrar una mezcla fina, la historia anduvo como

ave fría en la pizarra interactiva. A esta altura del trayecto (un par de meses nada más), era evidente la vida urgida de los estudiantes dentro del aula; la provocaba algún tipo impositivo de intereses o de magias de identidad desconocida; cierta cosa se apoderaba de nuestra voluntad cada vez que el extravagante o elegante profesor, se metía por esa puerta.

En nada se parecía José Asunción Neruda Arturo en el oficio de maestro a los demás que dictaban clase en esta institución. De vez en cuando su voz se alzaba, para hacer notar errores, de competencia gramatical o literaria casi siempre. «Cuando cogió confianza», un estridente silbo o un golpe con el periódico como para abatir moscas, le bastaban para advertirnos sobre el yerro cometido. La ocurrencia del sonoro aviso iniciaba la búsqueda: encontrar el error y resolverlo era la tarea. En su defensa habría que decir: trajo, en la medida en que fue siendo necesario y de acuerdo con su criterio, las herramientas y materiales que se necesitaron. Ensayos, diccionarios, tratados sobre la técnica y la forma de escribir una novela, hasta un libro que pomposamente se titulaba Ingeniería Literaria (que resultó ser todo un petardo), pudimos consultar. También tuvimos conexión a internet de vez en cuando. La pantalla instalada en el salón de clase a la hora de la verdad no sirvió de mucho: alguien con demasiada frecuencia olvidaba pagar el consumo y la factura.

En la ocasión en la que el profe entró a clase llamándose Mario Saramago Vargas-Llosa, motivado por algún vocablo malsonante inserto en una frase, soltó un sentido discurso sobre el respeto que debíamos tener por el idioma y la palabra. Su elocuente conversación nos dejó atónitos. Entre muchas otras cosas dijo que era el motor de las creaciones humanas, y que la

civilización de occidente se había construido teniendo como base la palabra. Además, dijo: «Nadie hubiese podido narrar la historia, si no contase con un idioma para consignarla».

No puedo explicar la razón que nos mantiene juntos; hablo de los once que conformamos el grado 11 de nuestra escuela. Pero puedo decir sin temor a equivocarme, que la esencia de aquel personaje no solo es de una magnitud insospechada, sino que, desde el momento mismo de emprender la tarea, las cosas sucedieron como si fueran de una ocurrencia cotidiana.

En medio de todo, no sé quién tuvo la idea de acomodar los pupitres formando un círculo, con el fin de resolver más rápido, las naturales diferencias que se presentaban.

2

Mientras los fantasmas farragosos se precipitan por las rendijas de las puertas y se cuelan por las ventanas de las casas en la noche oscura, en la que el atlético personaje de estampa costumbrista y estatura media se pasea nervioso y malhumorado por la oscuridad del corredor, rodeado de una total incertidumbre, los acontecimientos de los que debió ser protagonista hacen que se batalle duramente. Un timbre persistente en el celular, lo había despojado de la incumbencia y del deber al mismo tiempo. ¡Cómo pudo ser!

A Manuel Marqués, hombre musculoso, barba cerrada y ojos miel umbría como todos los mestizos; tostado de cara y brazos, acostumbrado al cielo descubierto como zona de su quehacer, las primeras imágenes de lo ocurrido lo transportan al forcejeo entre la fuerza pública y los manifestantes de la huelga campesina ocurrida esa misma tarde en la que él participó como uno de aquellos actores que, tras bambalinas, «hacen leña en finca ajena». Tampoco entiende cómo la beligerante expresión de los campesinos derivó en una segunda contienda, si cuando él se marchó, los contendientes

cansados y maltrechos, se batían en retirada; atestaban ya los caminos y el interior de los cambuches, además la fuerza pública en hileras subía su descompostura a los camiones que los conducirían a los cuarteles.

Mientras Manuel piensa en lo ocurrido e intenta calmar los nervios fumando uno tras otro los cigarros que extrae del bolsillo de la camisa en acción repetida, casi maquinal, tiene muy presente que fue cautivado por la voz de María Samper; por esa emisión melódica tuvo que irse: lo llamó cerca de las seis de la tarde, cuando entremezclado con los manifestantes se daba una real paliza con los del negro uniforme. En medio de la refriega, el celular le trajo su melodiosa voz a la que no pudo resistirse. La hora y el lugar de la cita todavía resuenan en su oído. En realidad, lo único que oyó fue: «A las siete…, en la carret…Bogotá… metros más allá… puente viejo… frondoso samán; estaré…». La ocasión feliz de conocer «todiiiita», a la bella María se le presentaba más pronto de lo que siendo muy optimista podría esperar. Le pareció superfina la ocasión, no solo por lo que ya daba por sentado iba a suceder, sino porque, siendo ella la esposa del capitán Naranjo Bache Padilla, estaría informada de muchos asuntos que él intentaría con tino y caricias averiguar. Después de aquella cita y de las posteriores que con seguridad se presentarían —en la cama se considera competente—, la organización que lo había mandado hasta aquí incrementaría los golpes contundentes contra las instituciones de Granada la Nueva.

Solo que, no contaba con que una gran detonación producida por un tatuco repleto de metralla (identificado por su entendimiento no más oírlo), fuera el argumento suficiente como para dañarle los planes. Se escuchó la explosión, el eco complementario y el vehículo en que andaba, dio vuelta en la mismísima puerta del motel donde su conductor esperaba «coronar» a la apetecida María, esposa de «Il Camaleoni». Tuvo pues, muy a su pesar, que regresarla bajo las ramas del samán donde minutos antes la había levantado, y arrancar a la mayor velocidad que un vehículo como el suyo (un enano Topolino), le podía proporcionar. A pesar de la premura, le tomó entre dos y tres minutos llegar a altura de la esquina que tenía más próxima. Con un brusco movimiento de brazos, hizo que el carro doblara a la derecha; cuando este se inclinaba hacia el costado opuesto para girar, un brusco golpe sobre la carrocería hizo que perdiera por un instante el control del auto. Luego de que la «dama» se apeara de la «máquina», había apagado los faros para no llamar la atención de algún indiscreto que lo pudiese identificar, a él o al carro mismo, y luego fuera con el cuento a la comandancia. Por esa circunstancia no había podido identificar a quién, o a qué, había golpeado.

Atravesó las calles de la población precipitadamente hasta llegar a la carretera principal donde se realizaba la refriega nueva; solo entonces se dio cuenta de que el trayecto que había escogido para reunirse con el parche, lo situaba en el flanco ocupado por la fuerza

pública, y no en el lado campesino. Inmovilizó el Topo en un lugar que le pareció apropiado, y mientras maldecía su falta de previsión, buscaba en su cabeza la ruta que lo condujera al otro lado del conflicto.

Al número de errores cometidos ese mismo día, se agregó uno nuevo procedente de la pelotera entre sus propios compañeros y la milicia: al lugar en donde había estacionado el auto y a su contorno, aterrizaron un buen número de piedras y unos cuantos bates de madera, que con mucho estrépito le atinaron… no solo a la carrocería del Topolino, sino a su vanidad.

De esta graciosa manera, el Marqués Manuel se vio involucrado en un caso claro, de lo que se conoce como ¡fuego amigo!

–¿Atropelló a una persona con el auto o tal vez fue solo un tarro de basura atravesado? A este contratiempo no le encuentra solución; tendrá que esperar las noticias de la radio para conseguir tranquilizarse. Tampoco descubre a pesar del mucho esfuerzo, cómo remediar la incertidumbre que lo tiene con el ánimo extraviado. Y lo tiene así, porque el impulsivo asunto de abandonar el lugar de los acontecimientos que lo trajeron hasta aquí, no lo deja en paz, ¿qué va a decirles a los jefes por haberse evadido del lugar de la maniobra cuando ésta reculó para volverse a poner fea? Y para completar su mala racha ¿Qué habrá pensado de él María Samper en cuanto la devolvió al lugar donde la recogió sin darle mayor explicación? ¿Saben qué es lo

peorcito, de todo lo concerniente a la bella María? ¡Ni siquiera la tocó! ¡Pucha mano!

El pobre Manuel pasa por momentos adversos.

Dejémoslo en la oscuridad de la habitación donde se aloja, con sus angustias un rato más, mientras los alumnos del grado 11 del Colegio «Historia de Granada la Nueva» les contamos cómo fue que atrajo a su vera, la verita de la buena de María Samper.

3

El capitán Bache Padilla, comandante de la Compañía de Contraguerrillas del Batallón, acantonado en la localidad donde esta historia sucede, días atrás requirió los servicios de un técnico especializado en antenas de radiofrecuencia para que reparara la que su mujer había hecho instalar sobre el techo de la casa. Ella quería oír la transmisión originada desde la capital, sin ser interrumpida cada veinte minutos por intrascendentes noticias locales. Por alguna razón que seguramente un especialista encontraría, la señal no llega como debe al radio de la dulce María. El técnico recomendado desde la casa matriz en Bogotá resultó ser un habitante de la zona de nombre Manuel Marqués. En respuesta a la llamada efectuada desde la comandancia, Manuel se presentó en la casa fiscal asignada a la pareja una hora después de lo convenido. Como «Il Camaleoni» es un oficial del Ejército muy ocupado, encargó a su mujer para indicarle al técnico la manera de treparse a la cubierta. El experto Manuel, con la ayuda de un banquito de madera, ágilmente trepó por la pared y encontró el daño, sin que le hubiese costado considerable trabajo.